

20  
CHAMANES  
Y BAILES CON MÁSCARAS

Si introducimos en un ordenador las ecuaciones en las que se expresan las ciencias, aparecerá en la pantalla la imagen científica del mundo. Y su aspecto será el de una malla de alambres que se entrecruzan y se recubren unos con otros. En algunos sitios se condensan los alambres formando prominencias. Esas concavidades en el interior de los espacios de la malla se denominan “materia”, mientras que los alambres que la forman son denominados “energía”. Si “animamos” esta imagen computerizada (es decir, si la convertimos en una película de cine), entonces podremos comprobar cómo las protuberancias emergen de la red de alambres, cómo en diversos lugares se van volviendo cada vez más complejas, y cómo, después, se van aplanando, para desaparecer finalmente en la malla sin dejar rastro. El “final feliz” de la película es una red de alambre que se extiende, sin forma, en todas direcciones. Podemos llamarlo la “muerte térmica”. Uno de los puntos cóncavos podría identificarse como “nuestro sol”. En este punto podemos reconocer otra subconcavidad representando nuestra tierra. Si observamos esta última más de cerca, veremos en ella

una cantidad enorme de minúsculas prominencias: es la biomasa que envuelve la Tierra. Si dirigimos nuestra atención hacia ese chapoteo, nos reconoceremos a nosotros mismos entre las pequeñas y fugaces ondulaciones.

Si nos reconocemos de este modo como protuberancias provisionales de campos de fuerzas, que se recortan los unos sobre los otros, entonces habrá que tirar por la ventana toda la antropología tradicional. Porque, en ese caso, lo que somos son relaciones (alambres) entrelazadas, sin ningún tipo de núcleo (de “espíritu, de “yo”, de “identidad”, sin nada de nada con que podamos “identificarnos”). Si desanudamos las relaciones de las que estamos hechos, nos quedamos con las manos vacías. Dicho de otro modo: “yo” es, pues, aquel punto abstracto en el que se cruzan y del que salen relaciones concretas. Ahora sí que podemos “identificarnos” con esos nudos de relaciones: por ejemplo, como cuerpo grave (como punto nodal en el campo electromagnético y gravitacional), como organismo (como punto nodal en el campo genético y ecológico), como “psique” (como punto nodal en el campo psicológico colectivo) y como “persona” (como punto nodal en campos sociales, intersubjetivos, que se recortan unos sobre otros). En lugar de “persona” podemos también decir “máscara”. Lo que antes se denominaba “autoidentificación”, puede describirse ahora con mayor precisión como identificación con una máscara (o con un cierto número de máscaras que se pueden intercambiar o superponer).

De esta manera, el concepto de *máscara* recupera su significación existencial originaria. Se es lo que se es sólo si se porta una máscara específica (si se baila con ella puesta) y si los demás miembros de la tribu la reconocen y la aceptan. En el origen había relativamente pocas máscaras: la del chamán, la del cazador, la del homosexual. Más tarde las máscaras empezaron a crecer en número; ahora pueden llevarse puestas unas sobre otras: por ejemplo, se puede bailar como director de banco y llevar debajo la máscara del entendido en arte, la de jugador de bridge y la de padre. Si vamos retirando una máscara tras otra, al final (como pasa con la cebolla) nos quedamos sin nada. El análisis existencial expresa esto así: “yo” es aquello a lo que se le dice “tú”.

Contemplando de este modo la sociedad (el campo de las relaciones intersubjetivas) como una tienda de máscaras y disfraces, reconoceremos en ella una red, en la cual intersecciones físicas, biológicas, psicológicas (y de otro tipo) son reunidas en forma de máscara, para después ser condensadas en “personas”. La cuestión, entonces, es cómo se producen esas máscaras y cómo se implantan en la multitud de relaciones de la red social. De esta manera, el diseño de máscaras se convierte en la cuestión genuinamente política. Este problema, en el caso de una tribu de la Amazonia, es evidente: ¿cómo se produce el diseño de una máscara de chamán, y cómo se la coloca después a un hombre que entra en la pubertad, de manera que sea aceptado por todos como chamán, y que él mismo pueda identificarse como tal? En el caso de una sociedad tan compleja como la llamada sociedad “posindustrial”, este proceso es menos manifiesto. No obstante, basta con formular esta cuestión para sembrar la confusión entre la mayoría de las categorías políticas.

Poco éxito cabe esperar si se pregunta por este asunto a los propios indios de la Amazonia. Lo que harán será atribuir el diseño de la máscara a alguna fuerza sobrenatural (como por ejemplo, a un ancestro con forma de leopardo), y explicarán el acto de colocar la máscara aludiendo a una tradición sagrada. Ésta es una ideología que, aunque no es menos creíble que la nuestra, sin embargo nos resulta ajena. Nuestras propias ideologías (principalmente la judeo-cristiana y la humanista) presuponen en nosotros un Yo-núcleo, que se insinúa en máscaras que están disponibles y que se oculta tras ellas; esto dificulta la comprensión del diseño de máscaras aún más que el ancestro-leopardo. Por tanto, no hay más remedio que intentar alejarnos un poco del campo de las relaciones intersubjetivas y observar las máscaras desde fuera; un intento imposible, porque, sin máscaras, “nosotros” no somos y, por ello, no podemos reconocer máscara alguna. (Antiguamente, esto se llamaba la “dialéctica de la conciencia desgraciada”.)

No obstante, podemos decir lo siguiente: las máscaras, que son como cucharas que se meten en la papilla de las relaciones, para sacar cucharadas de personas, han surgido, a su vez, de

alguna manera, de la propia papilla: ellas mismas son formas intersubjetivas. (La máscara de director de banco no ha caído a la sociedad de ningún cielo de vocaciones o de oficios, sino que la vocación y el oficio de banquero son consecuencia de la máscara.) Por tanto, la cuestión del diseño de máscaras es una cuestión intersubjetiva. Esto quiere decir que aquello que soy, lo soy únicamente porque, en el “diálogo” colectivo, me he ido convirtiendo en ello. De aquí es posible sacar la siguiente consecuencia: “yo” no es sólo un enmascarado, sino también un diseñador de máscaras para los otros. Así pues, no sólo me “realizo” cuando bailo tras de una máscara, sino, de igual modo, cuando, junto con otros, diseño máscaras para los demás. “Yo” no es sólo aquello a lo que se le dice “tú”, sino también aquello que dice “tú”. Ahora bien, no puedo diseñar máscaras más que si voy emascarado. Esta respuesta a la pregunta por el diseño de máscaras no es ningún modo concluyente; es, al contrario, en el mejor de los casos, una ocasión para seguir preguntando. El hecho de que nos planteamos estas preguntas es lo único que nos diferencia de los indios (incluso de éstos que bailan en torno a nosotros o que pasan el tiempo sentados delante del televisor esperando sacar de él sus máscaras). *Diseño* significa, entre otras cosas, designio, destino. Plantearse estas preguntas constituye un intento conjunto de asir el destino con ambas manos para poder conformarlo juntos.

## 21 EL SUBMARINO

Si es cierto que la Modernidad representa la demolición, el desmenuzamiento y la parcelación del pensamiento practicado en la Edad Media bajo el signo del catolicismo, entonces los años que comienzan con la Revolución Industrial y la Revolución Francesa, y que terminan con el Submarino, suponen, de nuevo, un recogimiento del espíritu humano bajo el signo del solipsismo. Intentaré poner de manifiesto –tanto como me lo permitan los documentos y los restos arqueológicos que, desde aquellos tiempos agitados y enfermos de guerras hasta hoy, nos han sido conservados– aquellos campos de la ciencia, la filosofía, el arte y la religión, cuyas influencias tenían que conducir, necesariamente, al surgimiento del submarino. Las ciencias físicas fueron disolviendo la materia y la energía en una nebulosa de símbolos matemáticos y lógicos; las ciencias biológicas redujeron la vida y sus manifestaciones a una encarnación de principios abstractos; las ciencias sociales acabaron entendiendo la sociedad como una organización de leyes que podían ser expresadas, cuando menos, en el lenguaje de la matemática estadística. Las religiones veían en Dios una idea abstracta, y en el